

mezclarlo con *P*, como si ambos testigos viniesen de una misma fuente. Intentando reconstruir esa presunta fuente original, el editor no aporta gran cosa a la historia del texto zifariano. Su «ensalada» (así denomina su labor Joaquín González Muela en «Nota previa» a su *Zifar* de Castalia, al que luego me referiré) no satisface al crítico menos exigente. Y la razón es obvia: antes que nada, necesitamos una transcripción pulcra y correcta de cada uno de los testigos manuscritos, esto es, de *M* y de *P* por separado. Sólo a partir de entonces podrá empezarse a hablarse de un *stemma*, no *a priori*.

Dos tomos de la colección «Selecciones Bibliófilas» ocupan la reedición del texto de Wagner llevada a cabo por Martín de Riquer (Barcelona, 1951). Riquer añade a la novela un sabroso estudio preliminar.

De 1960 data la 2.<sup>a</sup> edición (nadie cita cuándo apareció la 1.<sup>a</sup>) del tomo de *Libros de Caballerías Españoles* de Felicidad Buendía ya citado, bajo los auspicios de Aguilar. Buendía también se basa en la edición de Wagner y moderniza la ortografía (también Riquer lo hacía), a fin de hacer más asequible la lectura al lector no especializado. Fue en esta edición donde leí, por vez primera, las aventuras de Zifar, y entonces —lo confieso— me aburrí bastante.

La aportación más importante a la historia del texto del *Zifar* es, sin duda, la de Joaquín González Muela, cuya edición se publicó en 1982 («Clásicos Castalia», núm. 115). Muela transcribe con pulcritud el manuscrito *M*, utilizando *P* y la edición de Wagner sólo para colmar las llamadas «lagunas» de *M*. González Muela anuncia, además, que Marilyn Olsen prepara una edición del manuscrito *P* (hace poco mi amigo Reinaldo Ayerbe-Chaux me lo corroboró por teléfono). En cuanto aparezca la transcripción de *P* por M. Olsen, los estudiosos podrán dedicarse a trabajar en el texto del *Zifar* sobre una base sólida.

De 1983 es la edición del *Libro del Cavallero Zifar*, de Cristina González (Madrid, colección «Letras Hispánicas» de Ediciones Cátedra, núm. 191). Tras una introducción ecléctica, González nos presenta una vez más el texto de Wagner, pero en esta ocasión sin modernizar la ortografía. La labor, pues, de la estudiosa nos parece del todo innecesaria. Sin embargo, la propia Cristina González está a punto de publicar en Gredos, una *Aproximación al «Libro del Cavallero Zifar»* que promete ser interesante. Sería el tercer libro reciente dedicado por entero al estudio del *Zifar* (los otros dos, de Burke y Walker, respectivamente, vieron la luz en Tamesis Books en la década de los setenta). Cuando esta nota se publique, el libro de González podrá encontrarse en librerías. Lástima no haber podido comentarlo aquí.

El bueno de Zifar tenía la desgracia de que «nunca le durava cavallo nin otra bestia ninguna de dies arriba que se le non muriese». Oscuro maleficio el que pesaba sobre nuestro héroe. Con todo, su desdicha lo condujo al exilio y luego al reino de Mentón, de donde llegaría a ser rey. Allí, en la prepotencia del trono, dictará a sus hijos, Garfín y Roboán, una larga ristra de consejos (los «castigos» del rey de Mentón), que constituyen la zona doctrinal del libro. Las hazañas (o «hechos») de Roboán clausurarán la novela.

Ultimamente, el *Libro del Cavallero Zifar* se atribuye cada vez con más fuerza, a Ferrand Martínez, arcediano de Madrid en la catedral de Toledo. En cuanto a sus fuentes, y tras los excesos «celtímanos» de Wagner, parece probable su origen árabe

(Martínez dice que lo trasladó de un original «caldeo»). En las *Mil y una Noches* hay un cuento, titulado «El rey que lo perdió todo», que se adapta extraordinariamente bien al flujo argumental del *Zifar*. La leyenda de San Eustaquio está, asimismo, en la base del relato del arcediano, pero no hay que olvidar que la narración hagiográfica se remonta también a un original oriental. No obstante, nuestro autor conoce la materia artúrica, y probablemente los *Lais* de María de Francia (que tuvo la oportunidad de traducir al castellano: Madrid, Editora Nacional, 1975), además de la literatura sapiencial de la época: *Bocados de oro*, *Poridat de poridades*, *Barlaam y Josaphat*, etcétera.

Ningún nombre le cuadra mejor al caballero andante: *Zifar*, *viajero*. Construida entre el relato bizantino, la disgresión doctrinal y la peripecia caballeresca, nuestra primera novela supo elegir con sabiduría el nombre de su protagonista.—LUIS ALBERTO DE CUENCA (*Don Ramón de la Cruz*, 28. MADRID-1).

## Tantas veces Bryce

Cuando se alude a Alfredo Bryce Echenique la memoria literaria pone en funcionamiento sus códigos secretos y, de inmediato acude un título: «Un mundo para Julius». En estos días Bryce ha sido aludido más de una vez con motivo de una nueva novela: *Tantas veces Pedro*<sup>1</sup>. Esa novela es el objeto de estas páginas, pero antes de seguir adelante, indaguemos un poco en esos códigos de la memoria y añadamos algunos datos y más títulos.

Bryce Echenique —recordémoslo— es peruano: nació en Lima en 1939. También hay que recordar que es uno de los más interesantes narradores surgidos en el «post boom» de la narrativa hispanoamericana. Interesante y personal en cuanto su estilo se aparta del tono, casi una carta credencial, de los artífices mayores del «boom». Bryce se había asomado al panorama literario con algunos cuentos aparecidos en revistas. Con «Huerto cerrado», un volumen de relatos y su primer libro, quedó finalista del Premio Casa de las Américas de 1968 y el libro fue publicado en La Habana ese mismo año. Pero —ya la memoria insiste— Bryce Echenique pasaría a ocupar un primer puesto en la narrativa hispanoamericana contemporánea —o puntualizando más: de la narrativa en español— con su novela «Un mundo para Julius», editada por Barral en 1970, y que alcanzó en seguida un inusitado éxito como lo demuestran las numerosas ediciones y traducciones que se han hecho de ella. Y para que no faltase nada, «Julius» obtuvo el refrendo de dos premios: Premio Nacional de Literatura de Perú, en 1972 y Premio a la Mejor Novela Extranjera en Francia, en 1974. Ese mismo año aparecía,

---

<sup>1</sup>. Alfredo Bryce Echenique: *Tantas veces Pedro*. Ed. Cátedra. Madrid.

nuevamente en Barral, «La felicidad ja, ja», otra colección de cuentos. Y en 1977, esta vez en Anagrama, «A vuelo de buen cubero y otras crónicas», recopilación de sus artículos periodísticos.

En el interior de esta relación de títulos nos encontramos con un narrador que se nos muestra como un agudo conocedor e intérprete de las claves de la realidad de su país. Una realidad que es vista desde dentro y desde la perspectiva de un hispanoamericano residente en Europa. La narrativa de Bryce es emotiva, apasionada, con ciertas notas de autobiografismo —con las naturales licencias y prevenciones que implica el autobiografismo hecho literatura— y que utiliza el humor a veces tierno, otras ácido y en ocasiones desgarrador, para observar y verse observado...

Estas notas ya aparecían en «Huerto cerrado» en donde Bryce daba rienda suelta a sus facultades creadoras basándose en una observación emotiva de la realidad. Ironía y sarcasmo —característico de la literatura de Bryce— cobran nuevas fórmulas en «La felicidad ja, ja», la tercera obra de Bryce, en la que nuestro autor hace uso de una más amplia gama de experiencias geográficas y sociales que en «Huerto cerrado». Pero es en «Un mundo para Julius» donde Bryce alcanza sus más altos registros. García Márquez comentó de «Julius» que en ella se adivinaba la presencia de uno de los mejores narradores hispanoamericanos contemporáneos. ¿En qué basaba su comentario...? Resumamos.

Con un humor tierno, cercano a la piedad, en «Un mundo para Julius» Bryce nos ofrece una novela sobre una ciudad y sobre una clase social, vistas desde la óptica de un niño de pocos años. El libro recrea la infancia y la adolescencia de un miembro de una familia burguesa peruana y nos ofrece el retrato de un sector feliz y despreocupado de la oligarquía limeña. En la novela confluyen, al mismo tiempo, de una parte toda una serie de evocaciones nostálgicas; de otra, un gran esfuerzo estilístico para configurar un ambiente urbano, y, finalmente, el análisis de un código moral y unas costumbres de una sociedad determinada. Se trata de una visión, desde dentro, de la realidad social peruana. Y —repitémoslo— siempre pulsando un peculiar sentido del humor.

Hasta aquí la incursión en la memoria. Vayamos ya con el ahora. Un ahora que tiene por título «La pasión según San Pedro Balbuena que fue tantas veces Pedro, y que nunca pudo negar a nadie». O, abreviando: *Tantas veces Pedro*. Bien, ¿y qué es *Tantas veces Pedro*? En primer lugar una novela mosaico, escrita con gran madurez técnica. Novela mosaico, de marquetería o de cajas chinas que poco a poco va componiendo una historia y sólo nos revela su truco al final. Esa historia es la de un joven escritor —por supuesto peruano— que «siempre le cuesta trabajo despedirse» y que más que escribir vive lo que no escribe, con apasionamiento. Ese escritor, mitómano y dotado de un gran sentido del humor, cuando era adolescente encontró en una revista el retrato de una muchacha. Se enamoró de ella y, años más tarde, la encuentra en París. Pero hasta ese encuentro real, Pedro Balbuena ha vivido como si Sophie —que así se llama la dama— fuera una presencia ineludible. Sobre aquella fotografía Pedro Balbuena ha construido todo un mundo, toda una serie de vivencias amorosas, dramáticas y apasionadas, en donde los límites de la realidad y la imaginación se debilitan y se interrelacionan, en donde el pasado y el futuro se

confunden, y en donde lo que Pedro Balbuena escribe en realidad y lo que pretende escribir llega a ser lo mismo.

Desde este punto de vista, los encuentros, los amores peculiares de Pedro con Virginia, Claudine, Beatrice, Julie y Pamela —entre otras cosas *Tantas veces Pedro* es una novela de encuentros y desencuentros sentimentales— funcionan como preparativos para ese gran encuentro de «tres meses, cinco días y las últimas veinticuatro horas que fueron atroces», con Sophie. Y será a través de estas relaciones, siempre truncadas, que iremos conociendo la personalidad de Pedro, la constante agitación que lo embarga, su desconcertante manera de vivir que se convierte en una reivindicación del individualismo, de la pasión y del humor como método de ironía para consigo mismo y de sarcasmo para con los demás. Y también conoceremos a Pedro Balbuena a través de sus diálogos con un perro de bronce del que nunca se separa, supuestamente regalado por Sophie, y que Pedro llama —y aquí Bryce hace uno de sus varios guiños al lector— Alter Ego.

Pero recapitulemos un poco. En varias ocasiones han aparecido hasta ahora los términos «amor» y «pasión». Y es que *Tantas veces Pedro* se nos presenta como una novela profundamente romántica, en el mejor de los sentidos. El amor —siempre difuso, entre irreal y real, entre constatable y fantasmagórico— de Pedro por Sophie, y sus ensayos amorosos —pues de ensayos, pruebas sentimentales se trata— con las otras mujeres que encuentra en su camino, es el hilo conductor de la historia. Y Pedro Balbuena, en su singular camino de perfección que concluirá con su muerte, vive su historia con pasión verdadera, extrema. En ello interviene de forma decisiva ese peculiar sentido del humor, que adquiere matices trágicos a veces, y esa voluntad de individualismo del personaje que convierte en experiencia íntima, real lo que para otros aparece ficción o invención.

Hay más cosas en la novela. Tratándose de las peripecias de un escritor, la literatura, el hecho de la creación literaria la recorre. Además de una obra sobre un amor asumido dramáticamente, *Tantas veces Pedro* es la novela de la novela que intenta escribir Pedro Balbuena y que nunca se plasma, que nunca llega a ser escrita. Y ello es así porque, como decíamos más arriba, Pedro Balbuena, con ese apasionamiento que lo define, vive lo que no llega a redondear en unas cuartillas. Su novela es su experiencia. Lo que escribe son materiales, datos, propósitos para vivirlos o para creer que los ha vivido. Pero, además —y aquí entra de nuevo en funcionamiento el humor de Bryce—, nos encontramos con una serie de alusiones culturales, con una serie de referencias a nombres y títulos que tienen que ver con la literatura y que se ofrecen como parte de ese espíritu lúdico que salpica el relato. Y, así, en las páginas de *Tantas veces Pedro* nos tropezamos con Calderón, Juan Rulfo, Julio Ramón Ribeyro o Mario Vargas Llosa, por sólo citar algunos. Novela de una novela, pues, y también juego y establecimiento de complicidades sonrientes a través de elementos culturales.

Pero hay otro componente que señalar. *Tantas veces Pedro* es, igualmente, el relato de la aventura de un hispanoamericano educado entre mitos e importaciones culturales. Sin embargo el personaje —como señalamos antes— no reside en su continente, sino en Europa. Será mediante la confrontación de los valores de ambos

mundos que Bryce Echenique intenta acercarse a la raíz, a la quintaesencia del ser latinoamericano. Como en *Un mundo para Julius*, en la última novela de Bryce se dan las evocaciones impregnadas de nostalgia y matizadas por el humor. Pero lo que en «Julius» era humor próximo a la ternura, en «Pedro» —en lo que se refiere a esa indagación en el ser latinoamericano— aparece en forma de devastadora ironía, de sátira desgarradora, sobre todo cuando se trata de denunciar la mitificación deformadora de que hoy es objeto América Latina.

Así que, concretando, *Tantas veces Pedro* es por un lado una novela profundamente romántica: historia de un amor vivido apasionadamente, y salpicada de otras historias sentimentales que conducen hacia ese amor totalitario en donde lo real y lo imaginario, lo que es y lo que puede o pudo ser se confunde. Por otro, es la novela de la novela que intenta escribir un joven peruano, y surcada de juegos con la literatura y, en general, con la cultura. Y por otro lado, es una confrontación entre los valores del continente americano y de Europa. Todo ello —como es sustancial en la obra de Bryce— sabiamente hilvanado con esa marca inconfundible que es el amplio registro humorístico de nuestro narrador.

Una cosa más. Dijimos que *Tantas veces Pedro* era una novela mosaico, una novela de cajas chinas. Aclaremos la afirmación... «Tantas veces Pedro» es una obra compleja porque en ella se reúnen una serie de historias que, paulatinamente, confluyen y se vertebran coherentemente. Tenemos las historias de Pedro con cada una de las mujeres que desfilan por la novela, historias válidas y cerradas en sí mismas. Tenemos ese desvelamiento de la personalidad íntima de Pedro Balbuena que se nos presenta en sus diálogos con el perro de bronce Alter Ego —y digo diálogo porque en la novela ese perro de bronce «habla» con su dueño—. Y tenemos también los apuntes, los relatos fragmentarios que escribe Pedro Balbuena en pos de esa novela que lleva tanto tiempo intentando escribir... Son, como decíamos, cajas dentro de esa gran caja que es el amor romántico de Pedro por Sophie. Esta acumulación de materiales es, evidentemente, compleja. Pero Bryce Echenique los domina y los organiza sin que la estructuración y los recursos técnicos apabullen o despisten al lector. En este sentido, el mejor elogio para nuestro autor es decir que su sabiduría narrativa se manifiesta en convertir en interesante, ameno y divertido lo que aparecía intrincado. Algo que no todos resuelven felizmente. Llegados aquí alguien podría preguntar: «Pedro» ¿mejor o peor que «Julius»...? Bueno, pues aunque con ciertos puntos comunes —resultado de una trayectoria narrativa coherente— son cosas distintas.—SABAS MARTÍN (*Fundadores*, 5. MADRID-28).